

parte de las escuelas recientemente fundadas. Además, la actividad y abnegación de que dieron pruebas durante el hambre que asoló a Roma en el invierno de 1538 á 1539 les atrajeron el respeto general.

Todos estos sucesos les proporcionaron gran número de novicios, de suerte que pudieron ya pensar formalmente en dar á su Compañía la organización definitiva. A sus dos anteriores votos de castidad y pobreza añadieron el de obediencia incondicional. El espíritu militar que á pesar del tiempo trascurrido y de las pasadas peripecias no se había extinguido aun del todo en Ignacio, le hizo considerar la obediencia ciega é ilimitada como la primera de todas las virtudes. Así como en las demás órdenes el general era elegido por un número de años y dentro de ciertas limitaciones, los jesuitas acordaron nombrar al suyo por toda su vida y confiarle un poder absoluto, y así dijeron, en una carta dirigida al Papa, que «en el general debían ellos honrar la presencia y personificación del mismo Jesucristo.»



Medalla con el busto de San Ignacio de Loyola. (Tamaño natural)

Esto equivalía casi á poner un nuevo Papa al lado del Padre Santo; pero este no podía envidiar ni temer al general de los jesuitas, porque á los tres votos prestados añadieron otro, á saber: «el de consagrar su vida al perpetuo servicio de Jesucristo y del Papa y á prestar homenaje al Señor y al Romano Pontífice como representante de Dios en la tierra, obligándose por tanto á cumplir sin vacilación alguna los mandatos que el Papa actual ó sus sucesores les comunicaran.»

Loyola reunió en cinco capítulos las resoluciones que había adoptado y en setiembre de 1539 las sometió, por conducto del cardenal Contarini, á la aprobación del Papa.

Preciso nos es representarnos la situación en que, en aquel tiempo, se encontraba el Pontificado. En Alemania, la apostasía hacia grandes progresos, y en Francia, Polonia, España é Italia contaba Lutero con gran número de prosélitos. Los países escandinavos é Inglaterra se habían ya separado de la Iglesia romana; y los mismos católicos, aquellos que permanecían fieles á la Iglesia, hacían una enérgica oposición á la Curia, dirigiéndole severas censuras y duros ataques. El emperador pedía con insistencia una reforma completa que amenazaba con despojar á la Santa Sede de sus principales privilegios. En esta situación, realmente desesperada para el Pontificado, se presentaron algunos hombres decididos, apasionados y guerreros que se ofrecían á obedecer ciegamente al Padre Santo y á luchar por su grandeza y autoridad. Era esta una cosa tan hermosa que casi costaba trabajo darle crédito. Paulo III era propicio á la aprobación que de él se pedía; pero siguiendo los usos de la corte romana, confió á una comisión de tres cardenales la tarea de examinar las constituciones preliminares de los jesuitas. Aquellos tres hombres eran hostiles á la institución de Loyola, y uno de ellos, el más influyente, el cardenal

Guidiccioni, se mostraba decidido adversario de todas las órdenes religiosas, de las cuales decía que habían llevado á la Iglesia más desórdenes y más escándalos que provecho. Este cardenal no quiso leer siquiera los estatutos de los jesuitas.

Pero Loyola, como ya hemos visto, no era hombre que se arredraba fácilmente: su tenacidad y su habilidad política, cualidades tan esencialmente españolas, vencieron todos los obstáculos. Uno de sus principales protectores fué el digno y sabio cardenal de Carpi; la poderosa familia veneciana de los Contarini le apoyó también, y lo propio hizo Margarita de Austria, duquesa de Parma, que gozaba de gran influencia en la corte romana, por su doble carácter de hija de Carlos V y de esposa de un nieto del Papa. Más importante aun le fué quizá la amistad de Juan III de Portugal, príncipe fanáticamente ortodoxo, que deseaba poder disponer de algunos padres de la orden para utilizarlos en su reino y en las colonias portuguesas. Su embajador en Roma, Mascarenhas, trabajó con celo para dominar la resistencia de Guidiccioni y de sus colegas (1), y consiguió tanto más este objeto, cuanto que el Papa era propicio á su favorecido. La comisión acabó por someterse y apoyó la concesión de la autorización solicitada por los jesuitas. Loyola había, pues, conseguido un triunfo completo; su larga permanencia en Roma, que había durado tres años, había tenido por fin su recompensa. Paulo III, por medio de la bula *Regimini militantis Ecclesie* (título que armonizaba con la nueva Compañía), expedida en 27 de setiembre de 1540, aprobó las Constituciones de la orden, si bien bajo la condición de que sus miembros no pudiesen exceder nunca de 60. Así nació aquella temida Compañía inspirada en tan alto grado en el espíritu español, mezcla notable de tendencias militares y de fanatismo religioso. El fin que esta orden se proponía era la lucha contra la herejía por todos los medios que á su alcance estuvieran, como predicación, enseñanza, publicaciones literarias, políticas y científicas, astucia, fuerza, influencia cerca de los magnates y de los poderosos, cárcel y hoguera. Este fin fué perseguido por todos los miembros de la Compañía, con habilidad y tenacidad admirables. La guerra era el santo y seña dado por el mismo fundador, el cual decía: «Yo no creo haber abandonado el servicio militar, sino haberlo consagrado á Dios.» Uno de los escritores jesuitas dice también (2): «Lo que Amílcar fué para Aníbal, esto ha sido Ignacio para nosotros; á instancias suyas, prometimos la guerra al pie del altar.» El epitafio de Loyola lo compara con los grandes generales de la antigüedad. La Compañía gustaba de presentarse como la legión de Dios, animada del valor del león y del mayor desprecio de todos los peligros. «Cada uno de nosotros vale tanto como todo un ejército (3).» Como se ve, los jesuitas se identificaron desde el primer momento con su misión, supieron exactamente lo que querían y comprendieron perfectamente sus méritos y sus ventajas.

Ya se comprenderá que Loyola fué elegido primer general de su orden. «Él nos ha hecho nacer á todos en Jesucristo y nos ha alimentado con su leche,» decía Salmeron en el boletín con que votó. Ignacio que no podía naturalmente votarse á sí mismo, votó en blanco para no combatir su propia candidatura. Cuando después de la elección aparentó querer declinar el honor que se le confería, no hizo más que llenar una mera formalidad para evitar toda sedición, pues de antemano tenía la seguridad de que su dimisión no sería aceptada.

(1) Loyola á su sobrino, 16 de marzo de 1545; Menchaca.

(2) *Imago primi sac. Soc. Jesu.* VI, 864.

(3) *Imago primi sac. Soc. Jesu.* I, 59. III, 401-410.

Loyola tenía realmente condiciones para proporcionar á la nueva comunidad rápidos triunfos. Para convencerse de ello basta estudiar su expresiva fisonomía: ver su rostro demacrado, pero enérgico; su ancha y convexa frente, sus pequeños ojos bien que vivos, su grande y encorvada nariz y su enérgica boca cuyo labio inferior, en extremo saliente, revelaba una naturaleza impresionable. Ignacio de Loyola poseía la principal virtud para salir con bien de las grandes empresas, á saber: la convicción profunda de la bondad de la causa que defendía. Creíase, además, escogido por Dios para aniquilar á sus enemigos y para devolver á la Iglesia su antigua consideración y su esplendor pasado. «La confianza en Dios debe ser tan grande, que no se titubee en cruzar el mar en una tabla cuando no pueda disponerse de un buque» (1). Ignacio había acallado en su alma todo otro deseo, todo otro interés que no fuesen el servir á Dios, es decir, á su Iglesia. En este punto mostró una perseverancia y una actividad que nada podía abatir. «Los que trabajan en la viña del Señor no deben tener apoyado en el suelo mas que un pie, porque el otro debe estar levantado para seguir el camino.» Con orgulloso desprecio soportó todos los trabajos y privaciones y todas las burlas y humillaciones á que se vió sujeto. Al lado de esta gran tarea no había para él ningún otro interés; por eso le sacrificaba todas las demás consideraciones. «La renuncia de la voluntad propia, decía, vale más que resucitar á los muertos:» máxima admirable y fecunda en resultados importantes. En esa clase de luchas, no conocía el miedo: «Ninguna tempestad es tan funesta como la calma, y ningún enemigo tan peligroso como el no tener enemigo alguno.»

Esta causa era considerada por Ignacio tan santa y de tan sin igual importancia, que todos los medios de servirla y de hacerla prosperar eran buenos. «Mucha sabiduría unida á mediana santidad es preferible, decía, á mucha santidad con poca sabiduría.» Estas palabras, que tanto sorprenden en boca de un hombre que anteriormente se había entregado al mas exagerado misticismo, ¿no encierran, por ventura, el germen de todos los errores morales que posteriormente cometieron los jesuitas? En ellas vemos el carácter español. ¿A buen seguro que un místico de Alemania ó de los Países Bajos no hubiera sentido tal principio! Sabido es que los jesuitas han sido en todos tiempos grandes conquistadores de almas: el mismo San Ignacio les instruyó en este envidiable arte: «Un buen cazador de almas debe comenzar por dejar pasar en silencio una porción de cosas, como si no las viera; después, cuando se ha enseñoreado de la voluntad, puede dirigir al discípulo por donde quiera.» «A los que están abismados en los intereses mundanos no hay que hablarles desde luego de las cosas espirituales, pues esto equivaldría á querer pescar sin cebo.» ¿Y qué gente era la que quería atraer á su Compañía aquel sacerdote tan humilde, según decía, ante la divina Providencia? Su secretario, Pedro Polanco, nos proporciona datos acerca de este punto: «Loyola, respecto de los que se le ofrecían, atendía menos á las dotes naturales que á la firmeza de carácter y á la habilidad, pues opinaba que los que no servían para las cuestiones públicas, tampoco podían servir á la Compañía» (2). La devoción tenía escaso valor cuando se trataba de los intereses temporales de la Compañía de Jesús. En una carta muy expresiva que en 1551 dirigió Polanco al rector del colegio de jesuitas de Coimbra (3), le enumeraba las cualidades que el padre

general deseaba tuviesen los novicios, y eran estas: «buenas dotes naturales y aptitud ya para las ciencias, ya para las buenas obras exteriores;» queríanse jóvenes de buena presencia, de agradable aspecto, «tales como los exigen nuestro género de vida y nuestras relaciones.» Nada se dice de la vocación religiosa ni de la verdadera piedad como condiciones necesarias en los que querían ingresar en la Compañía. Talento, ciencia de la vida, bello aspecto; esto era todo cuanto exigía Ignacio de Loyola. Esto caracteriza perfectamente á San Ignacio y á la Compañía por él fundada.

Un personaje de esta clase, un compuesto tal de religiosidad, abnegación, fanatismo, astucia y energía á toda prueba, nos es actualmente menos simpático, pues estamos acostumbrados á considerar como primeras y principales necesidades morales la sinceridad y la rectitud. Pero á pesar de esto, no podemos menos de admirar la perspicacia de San Ignacio y su voluntad de hierro y de confesar que de ninguna otra manera hubiera podido proceder mejor para organizar y extender una orden belicosa.

La Compañía solo á este fin había sido creada, no para producir creaciones de índole más elevada. ¡Qué contraste entre él y la ruda nobleza de su por él despreciado enemigo, de aquel hijo de labradores de la Baja Sajonia, de aquel Lutero, cuya obra se proponía destruir por completo! Pero aquel tosco aldeano sajón, con su invencible amor á la verdad, obtuvo un triunfo muy distinto y produjo creaciones muy diferentes de los que obtuvo y produjo el fino y astuto vasco, cuyo celo religioso se nos presenta mezclado con la astucia. La mayor moralidad dió mayor importancia.

III.—RÁPIDA PROPAGACION DE LA ÓRDEN DE LOS JESUITAS

Sabiduría y actividad de la nueva orden.—Privilegios pontificios.—Los jesuitas y los príncipes seculares.—Italia; Roma; *Collegium romanum* y *Collegium germanicum*.—Los jesuitas en España.—En los Países Bajos.—En Portugal.—En Francia.—En Alemania.—Canisio.—Administración de Loyola.—Paulo IV dominado por los jesuitas.—Muerte de Loyola.—Incremento de los triunfos conseguidos por Loyola y por su orden.

Apenas aprobada por el Papa, comenzó su activa campaña la Compañía de Jesús: el número escaso de sus individuos estaba en constante movimiento para demostrar en todas partes los servicios que la orden prestaba, así como para robustecer su influencia. Ignacio seguía el sistema de no enviar á ninguno de sus subordinados á la patria de que era oriundo, pues en ella podía tener algunos lazos é intereses contrarios á la preeminencia de la orden; por eso envió á los franceses á Portugal, á los italianos á España y á los españoles á Italia. Su plan era hacer de sus compañeros en la orden verdaderos cosmopolitas, dispuestos á prestar cualquier servicio, bien hallados en todas partes, y sin conocer mas patria que la misma Sociedad. Durante los primeros años, les hizo viajar por las más apartadas comarcas, no permitiendo que permanecieran mucho tiempo en cada una de ellas, con el objeto de aparentar que era más numerosa la Compañía de lo que era en realidad, de demostrar á los príncipes y pueblos la actividad de la nueva orden, y últimamente de poner á prueba la ciega obediencia de sus compañeros.

La eficacia de esta medida hábilmente calculada fué sorprendente, pues á los seis años de su creación la Compañía era célebre en todo el mundo y el número de sus afiliados se contaba ya por centenares. Ignacio no se limitó á la cifra máxima de 60 individuos, sino que interpretando con habilidad este punto, contó en aquel número solo á los miembros que gozaban de toda autorización, concediendo esta cuali-

(1) *Sententia ascetica S. P. de Loyola pro quotidiana consideratione.* (Mindelheim, 1716.)

(2) Polanco, *Dichos y hechos de Loyola*, obra citada por Genelli.

(3) Alcázar, *Historia Toletana provincia, Soc. Jesu.* (Madrid, 1710.)

dad á muy pocos durante su generalato, pues solo confería este grado supremo á los que estaban animados de su propio espíritu y eran por tanto útiles y necesarios á la Compañía (1). Pronto opuso mayores dificultades á la admision de nuevos miembros y á confiarles cargos importantes.

Los Papas aumentaron constantemente los privilegios de la orden, que tanta utilidad reportaba á los intereses de la Santa Sede y del catolicismo. En 1543 Paulo III abolió la limitacion del número de individuos; en 1545 revistió á los de la orden de plenos poderes para administrar el sacramento de la Eucaristía, para confesar y absolver en todos los puntos del globo y para predicar; dos años despues eximió á los jesuitas del deber de vigilar los conventos de monjas, á fin de que pudiesen consagrarse exclusivamente al objeto especial de su Compañía, y en 1549 les concedió de una vez para siempre todos los privilegios de las órdenes monásticas, especialmente el de conceder indulgencia por todos los pecados, cuya absolucion estaba por derecho canónico reservada á la Santa Sede. Este último privilegio cesaba durante el jubileo; pero el papa Julio III introdujo una excepcion en favor de los jesuitas, con los cuales no rezaba nunca la limitacion. Julio III favoreció de un modo especial la orden: en 1550 ratificó sus Constituciones y cuantos privilegios le habia concedido su antecesor, colmándola además de otros beneficios. Al año siguiente amenazó con la excomunion y con todas las penas que de ella nacia á todos los que atacaran la organizacion, los derechos y los privilegios de la Compañía ó pusieran obstáculo á los individuos de esta en el legítimo ejercicio de sus funciones.

Sin embargo, Loyola no se contentó con obtener para su orden el favor de los Papas, sino que se dedicó con admirable habilidad á seguir otras tendencias propias para su objeto. El historiador oficial de su Compañía (2) escribe con cierta satisfaccion íntima: «Supo captarse las simpatías, no solo de los Papas y cardenales, sino tambien de los embajadores de los reyes y príncipes, y las de todas las personas de Roma cuya posicion les hacia acreedoras al respeto, y cuya influencia era prudente ganar haciéndoles la corte. Visitábalas con frecuencia ó les hacia visitar por sus compañeros y se esforzaba en servirlos. A consecuencia de esta conducta humilde, los príncipes se le mostraban afables, condescendientes y benévolos.» Las palabras suaves y la conducta humilde y servicial no eran los únicos medios de que se valia la Compañía de Jesus para asegurarse el favor de los príncipes, sino que habia otros caminos mas positivos para conseguir el fin tan deseado. En primer lugar á cambio de los beneficios que de ellos recibia prometía la Compañía de Jesus el apoyo de toda la orden, cuyo poder se solia exagerar, queriendo hacer ver á los jefes de los Estados que su interés estaba en estar bien con los reverendos padres (3). En segundo lugar se propuso á los príncipes una operacion provechosa para unos y otros, que fué la confiscacion de una parte de los bienes de las demás órdenes que se repartirian por mitad entre los jesuitas y el poder secular: la Compañía de Jesus adornó este lucrativo negocio con el nombre de reforma de los conventos. Los príncipes tenian naturalmente interés en poner la mano sobre los bienes eclesiásticos, y por esto acometieron con gusto una empresa, que era ventajosa para su tesoro y para la Compañía y que esta supo llevar á feliz cima con el apoyo de los cardenales que le eran adictos. En este sentido trabajó Loyola en Baviera y especialmente en España, y decia hablando de su empresa

(1) Orlandino, lib. IV, cap. I, pág. 101.

(2) Orlandino, lib. VII, cap. I, pág. 198.

(3) Por ejemplo: Druffel, I, 407. Menchaca, 538.

en esta última nacion que «la cosa tocaba á feliz y santo fin, así para Su Majestad (Carlos V), como para sus indignos y adictos siervos (los jesuitas), para mayor honra y gloria de Dios (4).» ¡Qué mezcla de astucia y de hipocresía! Cuando, por el contrario, habia que proponer á los príncipes algo desagradable á estos ó favorable solamente á la Compañía, escudábanse con la voluntad del Santo Padre, aun cuando este no supiera de qué se trataba.

A estos medios debió en gran parte la orden sus rápidos triunfos.

Durante el decenio siguiente, la vemos extendida ya por toda la Italia: ella era la que dominaba las ciudades, la consejera del pueblo, la directora de los establecimientos de beneficencia que luego habian de servir á sus propios fines, y en todas partes combatia las ideas luteranas, sin consideracion alguna á los campeones de estas ideas.

En Roma, fundó Ignacio la primera residencia de su orden (1550), destinándola á casa matriz de toda la Compañía. Tal fué el *Collegium romanum*, donde se enseñaban la teología escolástica y moral, las sagradas Escrituras, el latin, el griego y el hebreo, segun el método de la Universidad de Paris, la mayoría de cuyos profesores pasaron á aquel colegio. En 1555 salieron del *Collegium romanum* cien discípulos que se diseminaron por los distintos Estados de Europa. Dos años despues Loyola adquirió el palacio Salviati, en cuyo sitio se edificaron y existen todavía el templo y la casa llamados de Jesus. Pronto se vió á cardenales y doctores en teología seguir con interés las lecciones que se daban en el Collegium que tan importante fué para la Iglesia católica. Bajo otro punto de vista, Roma fué tambien el centro de los trabajos de los discípulos de Loyola. Siendo, como era, Alemania el foco de la Reforma, quiso Ignacio combatirla en sus propios dominios y por medio de alemanes. A este fin en 1552 concibió el plan de fundar en Roma un Colegio germánico, para educar en él á jóvenes alemanes que se pusieran al servicio de la orden de los jesuitas. El papa Julio III y 33 cardenales, que alabaron esta idea, se apresuraron á designar para el objeto 3,000 thalers de oro anuales, suma equivalente á unos 240,000 marcos, quedando fundado en 31 de agosto de 1552 el *Collegium germanicum*. Los que en él se educaban debian firmar una profesion de fe y despues de cierto período de prueba debian obligarse por juramento á someterse incondicionalmente á la voluntad del Papa, así durante su permanencia en el Colegio, como despues de haber salido de él. El Colegio germánico con sus Ordenaciones sirvió de modelo á los seminarios diocesanos que posteriormente se crearon, en virtud de lo dispuesto por el Concilio de Trento. Durante el primer año tuvo este colegio 22 alumnos y durante el segundo 25. A él estaba agregado un Instituto para los jóvenes nobles, pues los jesuitas procuraban especialmente buscar su apoyo en la nobleza, que con sus riquezas é influencia podia serles mucho mas provechosa que la generalidad del pueblo.

Fuera de Italia, la cuestion principal era extender la orden por las comarcas que todavía se mantenian fieles al catolicismo, para ganar nuevos adeptos y rentas, y al propio tiempo para extinguir en ellas el germen de la herejía. Loyola y los suyos no encontraron sin embargo en todos los pueblos y príncipes la misma acogida de que habian sido objeto en Italia.

Carlos V, adversario de la ilimitada influencia pontificia, no se les mostró favorable; la completa y por tanto exclusiva dependencia de los jesuitas respecto de la Santa Sede, era

(4) Druffel, obra citada. Cartas de Loyola, en Genelli, números 36 y 40; y Menchaca, pág. 325.

contraria á los propósitos de aquel soberano, que juzgaba necesaria la intervencion de los reyes en las cosas de la Iglesia y no queria de modo alguno consentir en sus dominios un poder que no estuviere sometido al monarca. Además de esto, los frailes dominicos, que como inquisidores ejercian gran poder en España y se veian sumamente favorecidos por la corona, se opusieron con todas sus fuerzas á la creacion de una Compañía de la cual no sin motivo temian que les hiciera perder una gran parte de la consideracion de que gozaban. El mas famoso de sus teólogos, Melchor Cano, fué el mas decidido adversario de los jesuitas, y les dirigió graves ataques, acusándoles de ser los precursores del Anticristo; y como prueba irrefutable de su aserto, presentaba el hecho de que Ignacio no habia obrado ningun milagro, cosa que habian realizado, aun durante su vida, los fundadores de las órdenes de franciscanos y dominicos, por ser estos enviados por Dios. Las universidades de Alcalá y de Salamanca se pronunciaron tambien contra los jesuitas, y el cardenal arzobispo de Toledo, primado de España, Martinez Siliceo, prohibió, bajo pena de excomunion, á sus diocesanos que se confesaran con ellos, y á su clero que tuviera con ellos relacion alguna. En la capital de Aragon, Zaragoza, el vicario general lanzó el anatema contra los jesuitas, contra los cuales promovió el pueblo una verdadera sublevacion. Propalábanse las mas groseras calumnias acerca de sus costumbres, y el Papa á duras penas pudo protegerles contra la malevolencia del clero español.

Pero aquella orden estaba demasiado íntimamente ligada con España para que semejante estado de cosas pudiera durar mucho tiempo: el espíritu español se personificaba en la sociedad de los hijos de Loyola; el fundador de la orden era español y sus mas sabios y principales miembros eran oriundos de España. Existian, pues, mil lazos de union entre la orden y la nacion española, en la cual el pueblo la miraba con marcada simpatía. El primer triunfo de importancia que en España consiguieron los jesuitas, lo debieron á uno de los mas poderosos y considerados aristócratas, Francisco de Borja, virey de Cataluña y duque de Gandía. Él fué el verdadero fundador de la rama española de aquella Sociedad, en la cual ingresó en 1548, y á la cual cedió, al año siguiente, la universidad que en Gandía habia fundado de su peculio. Su poderoso influjo fué ejercido en pro de los jesuitas; y además, se declaró en favor de estos la generalidad del pueblo, que estaba animada de los mismos sentimientos que dominaban en la orden. En la ciudad universitaria de Alcalá, otro hombre, sin grandes relaciones y aun sin conocimientos literarios, llamado Francisco Villanueva, arrebató al pueblo con su elocuencia. Los jesuitas fundaron en 1548 un colegio en la mas célebre de las escuelas superiores de España, en Salamanca. Desde estas dos universidades, antes enemigas suyas y entonces sometidas á ellos gracias á la irresistible influencia que supieron ejercer en el espíritu nacional español, se extendieron rápidamente por toda España.

En los Países Bajos españoles, no fué por de pronto admitida la orden, pero Le Fevre supo atraerse á algunos jóvenes de las mejores familias que estudiaban en la universidad de Lovaina, y que tuvieron que resistir duros ataques de los profesores, temerosos de la imposicion de la nueva Compañía. El obispo de Cambray, Roberto de Croy, prohibió á los jesuitas en su diócesis el ejercicio de toda funcion eclesiástica; mas á pesar de todos estos obstáculos, los jesuitas se extendieron por los Países Bajos lenta y gradualmente y sin hacer mucho ruido, como era su costumbre. Esto, sin embargo, no satisfacia en manera alguna á Loyola, el cual, por lo mismo, saludó con regocijo la noticia de la renuncia que en 1555 hizo de sus dominios flamencos el emperador, poco propicio á la orden, en la esperanza de encontrar en

su sucesor mejor acogida para la Compañía. En el propio año, Ignacio envió á Felipe II, como embajador, al jesuita Ribadeneira. Felipe, sin embargo, no era entonces muy amante de la creacion de Loyola, pues hasta mucho despues no acertó á conocer los grandes servicios que podia prestarle en su gran lucha por la dominacion exclusiva del catolicismo. Además, todos los flamencos, obispos y curas, nobles y plebeyos, se oponian á que se concediera á los jesuitas la tolerancia que pedian. Ya entonces se señalaba á la Compañía de Jesus como un peligro para el clero secular y para las órdenes monacales, y como una sociedad que usurpaba el poder civil. Esto no obstante los jesuitas no cesaron en excitar medios de influencia y encontraron un poderoso apoyo en don Gomez de Figueroa, duque de Feria, cuyo hermano era miembro de la Compañía, y que ejercia grande influjo en el ánimo del monarca. A instancias suyas, concedió por fin en 1556 Felipe á los jesuitas permiso para establecerse en las provincias flamencas, con la limitacion de no poder adquirir bienes inmuebles sin consentimiento de los Estados, lo cual se ajustaba á las leyes que en materia de manos muertas regian en los Países Bajos.

Afortunadamente para ellos, la gobernadora, Margarita de Parma, les era completamente adicta, y habia de entre ellos escogido su confesor. A pesar de la protesta de los Estados de Flandes y de Brabante, facilitóles, en 1562, los medios para fundar colegios en Lovaina y en Amberes; y en esta gran capital mercantil los acaudalados comerciantes españoles fueron exclusivamente los que introdujeron á los jesuitas con gran descontento de la poblacion indígena (1). En Lovaina, Le Fevre consiguió grandes triunfos y supo conquistar para la orden á algunos de los mejores jóvenes teólogos. Asimismo se declararon á su favor las mujeres, especialmente las damas de la aristocracia, y los historiadores jesuitas refieren que algunas de ellas se dejaban flagelar una vez por semana por los padres de la Compañía, con gran indignacion del pueblo (2).

En Portugal, fueron desde luego los jesuitas acogidos con entusiasmo por el rey Juan III, príncipe de quien, al decir de la Compañía, debian tomar ejemplo los demás soberanos. Aquel monarca se ofreció desde luego á dos de ellos, Francisco Javier y Simon Rodriguez, el primero de los cuales se dirigió ya en 1541 á las posesiones portuguesas del Este de Asia, en donde consiguió fama de apóstol y de santo, muriendo despues en China envuelto en la gloria de famoso misionero. Rodriguez, oriundo de una familia de la nobleza lusitana, conquistó en aquel pequeño reino una elevada posicion y gran influencia entre el pueblo, entre la nobleza y sobre todo entre la familia real, consiguiendo hacer ingresar en la orden á un número considerable de jóvenes de las clases mas elevadas. Estos jesuitas mostraron gran celo en pro de la religion y se ganaron por la pureza de sus costumbres y por sus actos de abnegacion y de beneficencia, general respeto. Ellos reformaron la corte y fueron los consejeros de los príncipes y de los magnates. En 1543 confiése á Rodriguez la educacion del heredero del trono, don Sebastian, y en recompensa de los servicios prestados, fundó Juan III una casa en Lisboa y el gran colegio de Coimbra que al poco tiempo contaba 200 miembros de la orden. La Compañía supo además enseñorearse por completo de la enseñanza superior, llegando á ser la verdadera soberana del reino, que fué puesto á su disposicion cuando, en 1557, don Sebastian

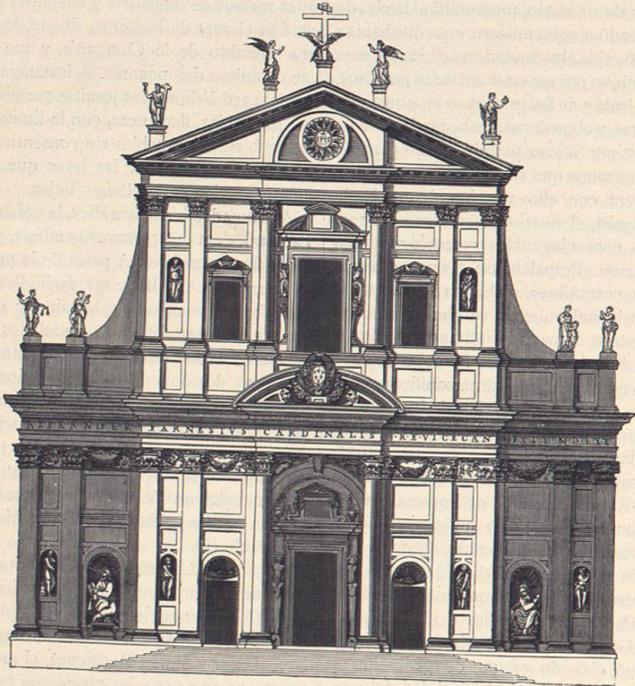
(1) M. S. *Historia complectens initium ac progressum Societ. Jesu in civit. Autverp.* (Bruselas, Biblioteca de Bourgogne.) Esta es la memoria oficial de los jesuitas de Amberes.

(2) *Imago fr. sac.* I. VI. 136.

sucedió en el trono á su padre. Sabido es cuánto abusaron los jesuitas de este poder y cómo fueron causa de la prematura muerte del rey y del eclipse que, por espacio de sesenta años, sufrió la independencia portuguesa.

Francia tenía para los jesuitas la misma importancia que España y Portugal. Ya en 1540 había Ignacio enviado á algunos miembros de su orden para que siguieran sus estudios en aquella capital, encareciéndoles vivamente que procuraran no distinguirse en nada de los demás estudiantes. Loyola consideraba necesaria para los triunfos de sus subordinados una educación esmerada y esperaba la ocasión propicia. Du-

rante el reinado de Enrique II, fanático adversario de toda revolución religiosa, los círculos gubernativos se mostraron muy favorables á los jesuitas. El obispo de Clermont, Guillermo Du Prat, hijo del conocido canciller de Francisco I, se puso completamente al lado de la Compañía, cuyos individuos fueron por él hospedados en su casa de Clermont, que luego fué casa de la orden, y legó á esta la mayor parte de sus bienes. Otro amigo mas poderoso aun de la Compañía fué Carlos de Guisa, arzobispo de Reims y cardenal de Lorena, el cual, durante su permanencia en Roma, había sido conquistado por el mismo Ignacio. Carlos en enero



Fachada de la iglesia de Jesus en Roma

de 1550 indujo á Enrique II á permitir que los jesuitas construyeran en la capital una casa profesional y un colegio. Pero la monarquía no era entonces en Francia absoluta y los jesuitas tenían en aquella nación peligrosos enemigos. El Parlamento, que resistía de continuo las invasiones del clero, el obispo de París, Du Bellay, y la misma Sorbona, los combatieron con gran energía, y los párrocos se afiliaron también á la oposición. El carácter francés del siglo XVI tenía pocos puntos de contacto con la creación de Loyola; además de esto, temíase, no sin fundamento, la influencia y el poder de la orden, que constituían un peligro para el resto del clero y para la paz interior del reino. El Parlamento de París se negó, pues, á registrar el mencionado Real mandato, formalidad que era indispensable para su validez legal, declarando además á la Compañía de Jesús funesta para el monarca, para el Estado y para el orden moral. En vano envió el rey al Parlamento, en 1552, órdenes mesuradas: su ordenanza de 1550 no fué registrada.

La alta corporación procuró dar largas al asunto, exigiendo el parecer de la universidad de París, con lo cual supo muy bien lo que se hacía. En efecto, en 1554, la Sorbona

condenó á la Compañía de Jesús en una solemne decisión, en la cual decía de ella que era «peligrosa para la fe, creada para turbar la paz de la Iglesia y derrocar las órdenes monásticas, y mas propia para destruir que para edificar.» La Sorbona preveía y describía perfectamente la actividad de la Compañía tal como había de desenvolverse mas adelante.

Esta sentencia fué bastante para desencadenar una verdadera tempestad sobre los jesuitas. Los curas y predicadores de toda clase les atacaron desde el púlpito y en el confesonario: proposiciones á ellos hostiles cubrían las paredes de la Sorbona, y de casa en casa se repartían folletos contra ellos dirigidos. Siguiendo el ejemplo de Du Bellay, muchos obispos franceses, favorables á las ideas reformadoras, les prohibieron todo acto religioso en sus diócesis; de suerte que por de pronto la Francia quedó poco menos que cerrada para la Compañía.

Algunos años despues verificóse una reacción favorable á ellos cuando los adalides del catolicismo en Francia hubieron reconocido, como los de otros puntos, que los jesuitas eran los mas peligrosos enemigos de los protestantes. Por fin,

en 1561, la Asamblea de sacerdotes franceses reunida en Poissy acordó que se les concediera establecerse en el reino, si bien bajo la condicion de que se sometieran á la autoridad de los obispos diocesanos y que renunciarian á sus privilegios y aun á su propio nombre que, á juicio de la Asamblea, constituía una intolerable arrogancia. Los jesuitas comenzaron por protestar contra esta limitación, pero luego se sometieron aparentemente á ella y prometieron cumplir todo lo que de ellos se exigía, decididos sin embargo, como era natural, á librarse en cuanto les fuese posible de tales trabas. No sin razón les han echado en cara sus adversarios el haberse introducido casi invisiblemente en Francia y el haberse mostrado pequeños para hacerse luego grandes (1). En Francia, como en todas partes, su primer cuidado fué apoderarse de la enseñanza, cuya gran importancia para la formación del espíritu nacional reconocieron con su prevision acostumbrada.

Mejor campo ofreció á su actividad la Alemania (2): allí estaba la verdadera misión para la cual se habían organizado, que era combatir la herejía en los mismos países en que había nacido; y á cumplir esta misión se dedicaron con gran celo y habilidad. Loyola decía en una carta de 25 de julio de 1553: «Nuestra Compañía debe, con abnegación especial y en la medida de nuestras débiles fuerzas, acudir al auxilio de Alemania, puesta en gran peligro por la peste de la herejía.»

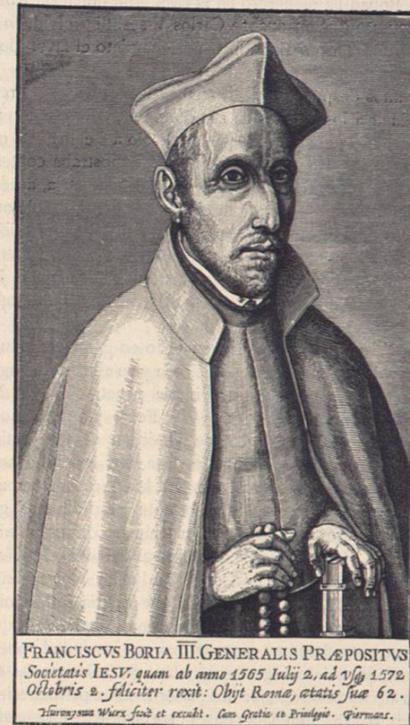
Inmediatamente despues de haber aprobado Paulo III la orden, Le Fevre, uno de sus mas esclarecidos é importantes miembros, se dirigió á Alemania, á donde le siguieron, á los pocos meses, Bobadilla y Le Jay. En un principio, Le Fevre encontró mejor acogida entre los señores españoles é italianos de la corte de Carlos V que entre los mismos alemanes; pero al poco tiempo fué enviado á España, y sus compañeros fueron mas afortunados que él. Bobadilla supo captarse el favor del duque Guillermo IV de Baviera, mientras Le Jay, despues de haber apoyado á los obispos del Sur de Alemania en su lucha contra el luteranismo, conquistaba la protección del rey de romanos, Fernando I de Austria. Este príncipe estaba tan fascinado por el hábil jesuita que quiso hacerle sentar en la sede episcopal de Trieste. Loyola se opuso á que se elevara á tal dignidad á uno de sus subordinados y dió como razones de su resistencia la de que de esta manera se iría privando á la Compañía de sus mejores individuos, cuanto mas que los votos de humildad y obediencia por estos prestados les impedían desempeñar elevados cargos eclesiásticos. Pero los verdaderos motivos que impulsaban á Loyola eran muy distintos de los que él consideró prudente manifestar: en efecto, Ignacio temía que los jesuitas, elevados á la dignidad episcopal, olvidaran sus deberes como individuos de la orden y dejaran de prestar á su general la ciega obediencia que era la base y el fundamento de toda la institución. El jesuita no debía esperar mas distinciones ni recompensas que las que de la orden procedieran ni adquirir mas que por ella poder é influencia, ni obtener por tanto dignidades que no fuesen las que la Compañía le confiriera. El jesuita no debía ocuparse mas que en lo tocante á los intereses de la hermandad; por ellos solos debía trabajar, á ellos debía dedicar todos sus esfuerzos morales y materiales. Por esto Le Jay se vió obligado á renunciar al obispado. Además, Loyola resolvió aprovechar esta circunstancia para imponer para siempre á sus discípulos la prohibición de aceptar dignidades eclesiásticas, promulgando á este efecto una Constitución que declaraba pecado mortal en los jesuitas admitir un obispado ó cualquier otro elevado cargo eclesiástico.

(1) Ant. Arnauld, *Plaidoyer contre les Jesuites*. (Paris 1595) pág. 86.

(2) S. Sugenheim, «Historia de los jesuitas en Alemania,» (Frankfort sur Mein 1847) I, 5.

Como se ve, la Compañía de Jesús procedió con mas lógica y mas energía que las órdenes monásticas y mendicantes, las cuales veían con placer la proclamación de alguno de sus miembros para un obispado ó cardenalato.

Esto no obstante, cuando se trataba de ser agradables á un soberano que se hubiese mostrado favorable á los jesuitas, y del cual esperasen nuevos beneficios, no reparaban en conculcar su propia ley; así por ejemplo el mismo Ignacio consintió, en 1544, á instancias del rey de Portugal, en que el jesuita Juan Nuñez fuese nombrado patriarca de Etiopía y en que otros dos miembros de la Compañía fuesen consagrados obispos.



Francisco de Borja

En Alemania, los jesuitas se presentaron por vez primera como adalides de la inconsiderada política de la Curia romana.

Carlos V había conseguido, en 1548, de la Dieta del reino la *Interinidad* que debía ser observada en toda la Alemania y que había de servir como fundamento de reconciliación entre católicos y protestantes. Como es sabido, esta Interinidad descansaba exclusivamente en principios católicos y solo contenía algunas concesiones insignificantes para los innovadores. Estas, sin embargo, bastaron para que aquel acto de la Dieta fuera considerado por Paulo III y por la corte de Roma como inaceptable, y para que uno y otra dirigieran todos sus esfuerzos á impedir que fuera obedecido en el reino. La Curia y el Papa encargaron á Bobadilla que aconsejara á su amigo Guillermo IV de Baviera, el soberano católico mas poderoso de Alemania, que se opusiera á que los antiguos creyentes obedeciesen la Interinidad. El jesuita puso manos á la obra con tan feliz éxito, que no solo Gui-